MI MONSTRUO DE OJOS SALTONES

ROBERT BLOCH

Algo poco corriente ocurrió la otra noche. Eran alrededor de las diez, y me encontraba en un bar.

Hasta aquí no hay nada que no sea habitual, pero lo que no resultó habitual es que aquella fue la noche en que Fast Mickey salvó al mundo.

Fast Mickey es el barman del bar adonde voy, y si alguien dudara aún en aquel momento que aquella cabeza gordinflona iba a salvar al mundo, nosotros los habituales, hacía ya un montón de tiémpo que sabíamos que era ladino como nadie. Muchos chicos distinguidos vienen aquí con el único fin de charlar con Fast Mickey: chicos realmente distinguidos, peces gordos, profesores, médicos de locos, e incluso, de tanto en tanto, vendedores de coches usados.

Se diría que Fast Mickey tiene especialidad en médicos de locos. Y aquella noche, precisamente, tenía a toda una banda a su alrededor, incluido Sigmund el Subconsciente.

Sigmund el Subconsciente viene siempre a contarle sus penas a Fast Mickey.

—Vosotros, los barmans, sois los mejores psiquiatras del mundo—le dice—. Durante todo el día hay gente que viene a contaros sus problemas, y seguramente os hacen más confesiones que a nosotros. Para mí, vosotros reunís en una sola persona la imagen paternal y el brujo. Veamos, quizá pudieras ayudarme...

Fast Mickey dice que sí con la cabeza, sonriendo.

—Por supuesto —dice—. ¿Quiere que analice sus complejos? Bien, súbase aquí, sobre la barra, y tiéndase. Así. Ahora cierre los ojos y cuénteme lo primero que le venga a la mente...

Si recuerdo todo esto es porque yo me hallo a su mismísimo lado, intentando seguir el partido que dan por radio. Están en el noveno juego, los Bums ganan y...

Entonces es cuando se desencadena todo.

Un locutor interrumpe el reportaje y suelta a toda velocidad:

—¡Atención! ¡Interrumpimos esta emisión para dar lectura a un boletín de la Disassociated Press!

Todo el mundo abre sus orejotas, porque es bien sabido que nadie interrumpe una transmisión de béisbol así como así.

—Quizá hayan encontrado el remedio para alguna enfermedad —digo.

—O quizá es que Rusia acaba de tirarnos una bomba H—sugiere Sigmund el Subconsciente.

—Tiene que ser algo mucho más importante para que interrumpan un partido de los Bums —dice Fast Mickey—. Para mí, es que Marylin Monroe ha aceptado interpretar *Los hermanos Karamazov.*

Bueno, nos equivocamos todos.

El locutor se pone a chillar:

—El objeto no identificado que votaba por encima de la ciudad ha sido al fin identificado. Se trata de un verdadero platillo volante. Acaba de aterrizar en un extremo del Central Park, y alguien ha salido de su interior. Los testimonios de tos testigos oculares concuerdan en decir que se trata sin lugar a dudas de una criatura de origen extraterrestre. Mide tres metros de alto, está cubierta de pelos verdes y posee numerosos tentáculos. ¡Atención! A medida que nos vayan llegando difundiremos boletines complementarios que les tendrán al corriente del desarrollo de la situación.

Se calla.

En el bar, un tipo pequeñín declara:

—Es una broma, eso es lo que es. Como esa historia de la invasión marciana de hace unos años. No existen los platillos volantes.

—Probablemente se trate de una alucinación colectiva—dice Sigmund el Subconsciente—. ¿Quién puede dar el menor crédito a esa historia de los tentáculos? ¡Y con pelos verdes!

—Acerca de los tentáculos no aventuro nada —digo yo—, pero si quiere ver usted algo verde, no tiene más que dejarse caer por aquí una de estas madrugadas, a primera hora, y le enseñaré mi lengua.

—¡ATENCION! —grita el locutor—. ¡Ultimas noticias de la criatura surgida del platillo volante! Actualmente está atravesando el Central Park. Según lo que acaban de decirme por teléfono ahora mismo, un Comité de Bienvenida de la

Alcaldía y tres coches de la policía armados con ametralladoras van a su encuentro. ¡Oh!... ¿Cómo? Nuestro enviado especial me dice que la criatura ha apartado al Comité de Bienvenida con un tentáculo y los coches de la policía con otros. Las batas de las ametralladoras no le causan el menor efecto. Acaba de volcar y echar a un lado los coches de la policía, y ha llegado a la calle. ¡La gente huye chillando!

—¡Qué me aspen!—berrea Fast Mickey de pronto—. Apaguen la radio y podremos oírles. Acabo de acordarme ahora mismo... ¡El Central Park está a dos calles de aquí!

Es cierto. Apagamos la radio, y oímos el ruido afuera: la gente que corre en todas direcciones gritando y lloriqueando como monos.

—Entonces no es una broma —murmura Sigmund el Subconsciente—. ¡Hay un monstruo entre nosotros! ¡Debemos detenerlo!

—No me mire así—le digo—. Soy alérgico a los monstruos. Por eso perdí una vez la ocasión de ganarme unos buenos dólares: me propusieron trabajar para un político.

—Esta criatura tiene seguramente una intención bien definida para haber aterrizado —dice Sigmund el Subconsciente—. Hace años que se habla de los platillos volantes, pero ésta es la primera vez que uno de ellos aterriza. Hay una razón para eso. Esa criatura tiene seguramente necesidad de algo.

—No será de las llaves de la ciudad —dice Fast Mickey—. Ni de un techo para cobijarse esta noche tampoco.

—Por supuesto —dice Sigmund el Subconsciente—. Las autoridades se están equivocando en ese caso. Y seguramente tendrán necesidad de un psiquiatra como yo para resolver el problema. Voy para allá; intentaré razonar con esa bestia.

—¡Espere! —grita Fast Mickey.

Pero Sigmund el Subconsciente no espera. Toma al vuelo el pequeño diván portátil que siempre trae consigo para casos de urgencia y sale corriendo.

Nosotros nos quedamos simplemente en el bar, esperando. No tenemos que esperar mucho, por otro lado, porque de pronto se empiezan a oír gritos y un jaleo fenomenal en la calle.

Al otro lado del bar hay una preciosa chiquilla que se llama Estrellita Shapiro y que pesa alrededor de sesenta kilos, vestida y mojada. Digo esto porque, inmediatamente después del primero de los cañonazos en la calle, salta sobre

mis rodillas volcando mi vaso y derramando su contenido sobre ella, al tiempo que grita:

—¡Sálvame! ¡El monstruo viene para acá!

Y la puerta se abre, pero no es el monstruo. Es Sigmund el Subconsciente, y su estado es lastimoso. Sus ropas están desgarradas, sus gafas rotas, y le falta la mitad de su barba.

—¿Han oído ese ruido, hace apenas un minuto? —dice jadeando—. La criatura acaba de reventar un edificio de cuatro pisos justo al lado de aquí. Está demoliéndolo todo con esa especie de tentáculos que tiene. Se diría que busca algo. Sí, busca algo, estoy seguro de ello.

—¿Le ha hurgado usted el subconsciente? —pregunta Fast Mickey.

—¡Oh, no! ¡Y ni lo intentaré siquiera, con esas pincitas que tiene! Me he acercado hace un momento, y me ha lanzado una de sus miradas... Luego ha intentado pescarme, y entonces he hecho lo único razonable que cabía hacer en un caso así...

—¿O sea?

—O sea enrollar mis piernas alrededor de mi cuello —dice Sigmund el Subconsciente. Después nos mira a todos, uno tras otro, y añade—: Propongo que apaguemos las luces y cerremos la puerta con llave. Pero aprisa. Porque si a esta bestia se le ocurre venir en mi persecución...

En este punto salta como un conejo y grita:

—¡Oh, ahí está!

Y sí, ahí está, entrando por la puerta.

El chico de la radio no había exagerado en absoluto. La criatura mide sus buenos tres metros de alto, tiene pelos verdes por todas partes y un montón así de grande de tentáculos; y también unos ojos que le cuelgan de la cabeza. Y, bien mirado, no anda: se desliza, se retuerce, culebrea, ondula para avanzar.

Es realmente horrible. Se diría que es Elvis Presley con tentáculos.

Por un momento se queda en la puerta sin moverse, y después abre su boca y se pone a hacer ruido, pero un ruido mucho más horrible que los que hace Elvis Presley.

Sigmund el Subconsciente, los otros médicos de locos y todos los clientes se han refugiado ya tras la barra, agachados. A mí me gustaría poder hacer lo mismo, pero tengo a Estrellita Shapiro que se pega a mí como una lapa e intenta ocultarse metiéndose por el cuello de mi camisa, y casi lo consigue.

Pero Fast Mickey se queda allí, firme como una roca. No tiene miedo. Mira fijamente a los colgantes ojos del monstruo y escucha por un momento los ruidos que emite. Y después, al cabo de un minuto, se agacha tras el mostrador y llena un vaso. Se lo tiende al monstruo.

Este no le presta la menor atención y empieza a ondular en mi dirección.

Fast Mickey inclina la cabeza. Se vuelve, abre la caja registradora, toma un puñado de monedas y las coloca sobre la barra, al lado de la bebida. El monstruo ni siquiera le dirige un despectivo colgar de ojos. Continúa reptando hacia mí.

Fast Mickey corre al otro extremo del bar, atraviesa la sala, despega a Estrellita Shapiro de mí y la empuja hacia el monstruo.

El monstruo pasa al lado de ella sin decir nada.

—Esto no sirve de nada —susurra Sigmund el Subconsciente desde detrás de la barra—. Comprendo lo que intentas hacer: encontrar lo que busca esa criatura. No es ni dinero, ni bebida, ni una mujer.

—¿Y entonces? ¿Por qué otra razón entra alguien en un bar? —pregunta Fast Mickey.

—Esta criatura no es "alguien". Es un ser de otro mundo—murmura Sigmund el Subconsciente con una voz ronca—. ¡Algo horrible, extraño, enloquecedor!

El monstruo, ahora, está haciendo ruidos. Pero, de pronto, Fast Mickey muestra una amplia sonrisa. Da media vuelta, se acerca al monstruo y lo toma de un tentáculo. Lo lleva consigo hacia la puerta del fondo de la sala, y ambos desaparecen.

Dos minutos más tarde, el monstruo se va. Atraviesa de nuevo la sala y sale a la calle. Ya no hay gritos, ya no hay alboroto. Y cuando conectamos de nuevo la radio, el locutor está diciendo que el monstruo acaba de subir de nuevo a su platillo volante y está despegando.

Todo ha terminado. Todos salen de detrás de la barra, y Fast Mickey sirve una ronda por cuenta de la casa, y los periodistas llegan y le preguntan qué ha hecho para salvar al mundo.

Fast Mickey responde modestamente:

—Nada extraordinario. Simplemente, he tenido una intuición. Para esas criaturas, un viaje en platillo volante debe de ser como para nosotros un viaje largo en coche. Tarde o temprano, siempre se termina por tener necesidad de algo. Yo he descubierto lo que era, y he hecho lo que tenía que hacer: mostrarle el camino. Eso es todo.

—Brillante comprensión psicológica —dice Sigmund el Subconsciente—. Pero ¿cómo has llegado a esta conclusión?

—Porque soy barman y no psiquiatra —explica Fast Mickey—. Y sé que hay solamente cuatro cosas que impulsan a una persona a entrar en un bar. Si no es un trago, si no es dinero, si no es una mujer, entonces es preciso que sea lo otro. Vean —dice, levantando su vaso—, es simplemente una cuestión de eliminación.